



Contrapuntos

Contrapunto

Una reseña donde dialogan *En defensa de la Ilustración* de Steven Pinker y *21 lecciones para el siglo XXI* de Yuval Noah Harari

La humanidad se enfrenta a revoluciones sin precedentes, todos nuestros relatos antiguos se desmoronan y hasta el momento no ha surgido ningún relato nuevo para sustituirlos. ¿Cómo prepararnos y preparar a nuestros hijos para un mundo de transformaciones sin precedentes y de incertidumbres radicales? (Harari, 2018).

Las consideraciones y las preguntas que formula el historiador Yuval Harari en este breve párrafo, y que inician el capítulo “Educación” de su libro *21 lecciones para el siglo XXI*, desarticulan cualquier forma de certidumbre y deshacen todo refugio simbólico sobre el cual se podría intentar una perspectiva, una visión del mundo por venir. Entonces, ¿cómo actuar bajo esta representación de la realidad? ¿No nos conduce esta disposición hacia una forma de nihilismo que paraliza? Parece, pues, urgente afrontar y resolver este planteo. Una forma de desenredar el problema es hacerlo bajo la suposición de que toda la cuestión está mal enunciada y que, por esa misma razón, la pregunta carece de valor. ¿Se puede sostener que todos los *relatos* se han caído? ¿Acaso no hay forma de volver más certero el pensamiento si asumimos que hay narrativas sobre la

historia humana que aún pueden guiarnos para idear un futuro que nos permita delinear nuestra “preparación” y la de nuestros hijos?

Steven Pinker, psicólogo evolucionista de la Universidad de Harvard, no duda de que tenemos a mano un buen relato, uno que no es creación o ilusión de la imaginación humana, sino una realización del hombre moderno. Sin embargo, advierte Pinker, solemos olvidar sus logros y, con ello, los ideales que podemos delinear para nuestro futuro porque los medios erosionan nuestra capacidad para analizar con objetividad el mundo. El título de su libro resume con singular economía su perspectiva: *En defensa de la Ilustración. Por la razón, la ciencia, el humanismo y el progreso*. En el comienzo de la obra, sostiene:

Este libro supone mi intento de reformular los ideales de la Ilustración en el lenguaje y los conceptos del siglo XXI. En primer lugar diseñaré un marco informado por la ciencia moderna para entender la condición humana: quiénes somos, de dónde venimos, cuáles son nuestros desafíos y cómo podemos afrontarlos. El grueso del libro está dedicado a la defensa de estos ideales de una manera propia y distintiva del siglo XXI; es decir, con datos. Adoptar el proyecto ilustrado a partir de las evidencias revela que los presupuestos de la Ilustración no eran una esperanza ingenua. La Ilustración “ha funcionado” y tal vez sea la mayor historia jamás contada. Y dado que este triunfo ha sido tan poco reconocido, los ideales subyacentes de la razón, la ciencia y el humanismo también han sido menospreciados. Lejos de constituir un consenso insulso, estos ideales son tratados por los intelectuales actuales con indiferencia, con escepticismo y a veces con desprecio. Por mi parte sugeriré que, cuando se valoran adecuadamente, los ideales de la Ilustración son, de hecho, emocionantes, estimulantes y nobles; son una razón para vivir. (Pinker, 2018, p. 26)

Las reflexiones que propone Harari parecen cuestionar esta visión *panglossina* de la historia. Aunque ambos coinciden en cierto optimismo sobre el relato de la modernidad, el historiador cree que esa narrativa ya no es capaz de dar respuestas a las más significativas cuestiones que enfrentamos hoy:

Obama ha señalado con acierto que, a pesar de los numerosos defectos del paquete liberal, este tiene un historial mucho mejor que cualquiera de sus alternativas. La mayoría de los humanos nunca ha disfrutado de mayor paz o prosperidad que durante la tutela del orden liberal del siglo XXI. Por primera vez en la historia, las enfermedades infecciosas matan a menos personas que la vejez, el hambre mata a menos personas que la obesidad y la violencia mata a menos personas que los accidentes.

Pero el liberalismo no tiene respuestas obvias a los mayores problemas a los que nos enfrentamos: el colapso ecológico y la disrupción tecnológica. Tradicionalmente el liberalismo se basaba en el crecimiento económico para resolver como por arte de magia los conflictos sociales y políticos difíciles. El liberalismo reconciliaba al proletariado con la burguesía, a los fieles con los ateos, a los nativos con los migrantes y a los europeos con los asiáticos, al prometer a todos una porción mayor del pastel. Con un pastel que crecía sin parar, esto era posible. Sin embargo, el crecimiento económico no salvará al ecosistema global; justo al contrario, porque es la causa de la crisis ecológica. Y el crecimiento económico no resolverá la disrupción tecnológica: esta se afirma en la invención de tecnologías cada vez más disruptivas. (Harari, 2018, pp. 34-35)

Sobre este último punto, Steven Pinker supone que, por difíciles que sean estas dos cuestiones, también estamos en el mejor de los mundos posibles o que, al menos, si mantenemos el esfuerzo y la claridad, nos dirigimos hacia él:

Pero ¿es sostenible el progreso? Una respuesta habitual a las buenas noticias relativas a la salud, la riqueza y el sustento es que no pueden continuar.

Conforme infestamos el mundo con nuestra numerosa población, engullimos la abundancia del planeta ignorando su finitud y ensuciamos nuestros nidos con contaminación y residuos estamos acelerando el día del juicio medioambiental. Si la superpoblación, el agotamiento de los recursos y la contaminación no acaban con nosotros, entonces lo hará el cambio climático.

Al igual que el capítulo dedicado a la desigualdad, no voy a defender que todas las tendencias sean positivas ni que los problemas a los que nos enfrentamos sean menores. Pero presentaré una forma de pensar en estos problemas que difiere de las lúgubres creencias generalmente aceptadas y ofrecen una alternativa constructiva al radicalismo o el fanatismo que estas alientan. La idea clave es que los problemas medioambientales, al igual que otros problemas, son resolubles con los conocimientos adecuados. (Pinker, 2018, p. 162)

Luego de un profundo análisis que contradice muchas de las perspectivas que alertan sobre el cambio climático y otras cuestiones ambientales, su capítulo dedicado a esta temática concluye con una de las más ambiciosas visiones sobre la educación. Allí supone que toda la compleja situación actual se resuelve bajo el buen funcionamiento de la maquinaria de la razón, algo que, al mismo tiempo, dejaría en claro cómo debería ser la formación de las nuevas generaciones. ¿No son las siguientes palabras, de ser ciertas, una guía precisa para decidir qué debe ser la escuela y anular la angustiante pregunta que formuló Harari?:

Los problemas son solubles, lo cual no significa que vayan a resolverse por sí solos, sino que podemos solucionarlos ‘si’ mantenemos las fuerzas benevolentes de la modernidad que nos han permitido resolver problemas

hasta ahora, entre los que se incluyen la prosperidad social, los mercados sabiamente regulados, la gobernanza internacional y las inversiones en ciencia y tecnología. (Pinker, 2018, p. 200)

Pero podemos preguntarnos, bajo el empuje de los conflictos que marcaron la historia de la última centuria, si estas consideraciones no son un ilusorio espejismo creado por nuestro deseo más que una descripción objetiva del mundo.

Una de las obras más interesantes sobre las “fuerzas benevolentes de la modernidad” es el trabajo del sociólogo polaco Zygmunt Bauman que Pinker en su escrito desecha sin más. En su obra *Modernidad y holocausto*, sostiene que:

Acaso el fracaso más espectacular fue el de la ciencia, en tanto conjunto de ideas y como red de instituciones para la mejora de los conocimientos y la educación. El mortífero potencial de los logros y principios más reverenciados en la ciencia moderna quedó al descubierto. Desde sus mismos comienzos, la ciencia defendió la libertad de la razón por encima de las emociones, de la racionalidad por encima de las presiones

normativas y de la efectividad por encima de la ética. Una vez logradas estas libertades, sin embargo, la ciencia y las formidables aplicaciones tecnológicas que había producido se convirtieron en dóciles instrumentos en manos de un poder sin escrúpulos. (Bauman, 2006, p. 134)

Por excesivas, ásperas e injustas que sean estas reflexiones, son un contrapeso que nos obliga a mirar con cierto cuidado la historia reciente, la misma que Pinker parece obviar en su pintura de los tiempos actuales y futuros porque imagina que el devenir es una realización teleológica del ideal del progreso. Aunque el texto *21 lecciones para el siglo XXI* no hace una referencia particular al siglo XX, sí se detiene en una cuestión que es relevante como respuesta a los juicios hechos en la obra *En defensa de la Ilustración*:

En 1938 a los humanos se les ofrecían tres relatos globales entre los que elegir, en 1968 solo dos y en 1998 parecía que se imponía un único relato; en 2018 hemos bajado a cero.

No es extraño que las élites liberales, que dominaron gran parte del mundo en décadas recientes, se hayan sumido en un estado de conmoción y desorientación. Tener un relato es la situación más tranquilizadora. Todo está perfectamente claro. Que de repente nos quedemos sin ninguno resulta terrorífico. (Harari, 2018, p. 23)

Puede que por esta razón Steven Pinker nos ofrezca, como corolario de su extenso análisis sobre el mundo contemporáneo y en defensa de la “razón”, el “humanismo”, la “ciencia” y el “progreso”, una narración épica de la cual afirma que “no es un mito más porque los mitos son ficciones pero esta historia es verdadera”:

Nacemos en un universo despiadado, con pocas probabilidades de lograr un orden que haga posible la vida y en constante peligro de desmoronarnos. Nos ha modelado una fuerza que es implacablemente competitiva. Estamos hechos de madera torcida, somos vulnerables a las ilusiones, al egocentrismo y, a veces, a una estupidez pasmosa.

Sin embargo, la naturaleza humana también ha sido bendecida con recursos que abren un espacio para una suerte de redención. Estamos dotados de la capacidad de combinar ideas de manera recursiva, de tener pensamientos sobre nuestros pensamientos. Poseemos un instinto para el lenguaje que nos permite compartir los frutos de nuestra experiencia y nuestro ingenio. Somos más profundos gracias a la capacidad de compasión, es decir, de piedad, imaginación y conmiseración.

Estas dotes han hallado forma de aumentar su propio poder. El alcance del lenguaje ha aumentado gracias a la palabra escrita, impresa y electrónica. Nuestro círculo de compasión se ha expandido mediante la historia, el periodismo y las artes narrativas. Y nuestras endeble facultades se han multiplicado gracias a las normas e instituciones de la

razón: la curiosidad intelectual, el debate abierto, el escepticismo ante la autoridad y el dogma, y la carga de la prueba a la hora de verificar ideas confrontándolas con la realidad.

A medida que cobra impulso la espiral de la mejora recursiva, vamos cosechando victorias contra las fuerzas que nos abaten, sobre todo las partes más oscuras de nuestra propia naturaleza. Penetramos los misterios del cosmos, incluidas la vida y la muerte. Vivimos más tiempo, sufrimos menos, aprendemos más, nos volvemos más inteligentes y disfrutamos más pequeños placeres y ricas experiencias. Menos de nosotros somos asesinados, agredidos, esclavizados, oprimidos o explotados por los demás. Partiendo de unos cuantos oasis, están creciendo los territorios en los que imperan la paz y la prosperidad, y algún día podrían abarcar al planeta entero. Persiste mucho sufrimiento y peligros tremendos. Pero se han planteado ideas sobre la manera de reducirlos y una infinidad de ellas están aún por concebir.

Jamás tendremos un mundo perfecto y resultaría peligroso buscarlo, pero las mejoras que podemos lograr no tienen límites si continuamos aplicando nuestros conocimientos en aras del florecimiento humano. (Pinker, 2018, pp. 548-549)

Yuval Noah Harari elabora una perspectiva diferente, pero no como conclusión de sus reflexiones, sino como un punto de partida para el análisis. En su capítulo “Decepción”, dice:

En consecuencia, nos queda la tarea de crear un relato actualizado para el mundo. De la misma manera que los grandes cambios generados por la revolución industrial dieron origen a las nuevas ideologías del siglo XX, es probable que las revoluciones venideras en biotecnología y tecnología de la información requieran perspectivas nuevas. Por tanto, las próximas décadas podrían estar caracterizadas por grandes búsquedas espirituales y por la formación de nuevos modelos sociales y políticas. ¿Podría reinventarse de nuevo el liberalismo, como hizo a raíz de las crisis de las décadas de 1930 y 1960, y renacer más atractivo que antes? ¿Podrían la

religión y el nacionalismo tradicionales proporcionar las respuestas que se les escapan a los liberales, y usar la sabiduría antigua para crear una visión del mundo actualizada?

¿O quizá haya llegado el momento de cortar para siempre con el pasado y elaborar un relato completamente nuevo que vaya más allá no solo de los antiguos dioses y las antiguas naciones, sino incluso de la esencia de los valores modernos de la libertad y la igualdad?

En la actualidad, la humanidad está lejos de alcanzar un consenso sobre estas cuestiones. Nos hallamos todavía en el momento nihilista de la desilusión y la indignación, después de que la gente haya perdido la fe en los relatos antiguos, pero antes de que haya adoptado uno nuevo. Y entonces ¿qué hay que hacer? (Harari, 2018, pp. 35-36)

Modos muy diferentes de pensar y decidir nuestra acción en el mundo. Visiones que plantean perspectivas muy disímiles para la educación. ¿Cómo decidir si nuestras ideas son una falsa ilusión sobre el porvenir o, por el contrario, nuestra crítica es un cepo que nos atrapa en los dominios del nihilismo? Si bien es poco probable que podamos llegar a una respuesta definitiva, eso no significa que sea imposible asumir compromisos coherentes con el esfuerzo que hacemos por entender el mundo mientras sepamos que esos acuerdos no pueden ser definitivos. El debate es permanente, como lo es la reflexión sobre la enseñanza.

Referencias

Bauman, Z. (2006). *Modernidad y holocausto*. Madrid: Sequitur.

Harari, Y. N. (2018). *21 lecciones para el siglo XXI*. Buenos Aires: Debate.

Pinker, S. (2018). *En defensa de la ilustración. Por la razón, la ciencia, el humanismo y el progreso*. Buenos Aires: Paidós.

Revista Scholé. (2018). Una reseña donde dialogan En defensa de la Ilustración de Steven Pinker y 21 lecciones para el siglo XXI de Yuval Noah Harari. Revista Scholé 2018 (0), sección Contrapuntos. Recuperado de schole.isep-cba.edu.ar/una-resena-donde-dialogan-pinker-y-harari/



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/).